

PA 7297

C77

1889

V-18

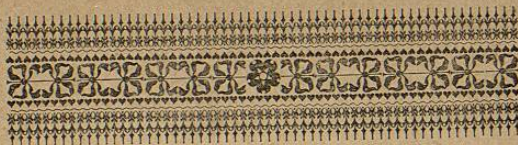
t-2



BIBLIOTECA



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



CAPÍTULO I.

LA PARTIDA.

AL fin, en la mañana del día aquel fijado por Cárlos para emprender la marcha, había á la puerta de la casa, ocupando la mayor parte de la acera, un tren compuesto de cinco carruajes de muelles y dos carros de dos ruedas.

En el patio habia cabalgaduras hasta para diez jinetes, y en toda la casa, removida de arriba abajo, se notaba grande animación y movimiento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X" LEYES

Vol. 1625

ACERCA A ESTE LIBRO
MUSEO CIVICO DE NUEVO LEON

Chona estaba vestida con un elegante vestido de Holanda plomo con adornos blancos, y tenía ya puesto un lindo sombrerito negro con velo de gasa.

Salvador llevaba un flux gris, que le sentaba perfectamente.

En la sala estaban ya la mayor parte de las personas convidadas; los criados iban y venían en un incesante trajín, conduciendo bultos y acomodándolos en los carros; cada una de las señoras tenía cien encargos que hacer á cada criado, y convidados y sirvientes se movían en todas direcciones para acomodar equipajes y cajas y bultos de todas dimensiones.

—¿Quién falta? dijo muy recio una señora voluminosa que ocupaba el primer lugar en el salón.

—El padre González; contestó un joven que parecía estar al tanto de lo que pasaba en todas partes.

La señora que había hablado tan recio, era muy rica, causa que, bien mirada, tenía no poca parte en lo alto de su diapason.

Esta señora acostumbraba hablar muy alto y poseía ese tono de suficiencia y de superioridad propios de una matrona respetada por sus riquezas.

Para la señora Doña Refugio, que así se llamaba la exhuberante señora, no había contrariedad posible, y generalmente, cuando esta señora hablaba, callaban los demás.

Doña Refugio discurría mal, pero gritaba bien; y como tenía dinero, estaba en la sociedad segura de sí misma; y aunque solía hacer algunas barbaridades y sostener ciertos absurdos, los demás callaban y no la contradecían sin más que una razón:

Doña Refugio «era así.»

Otras de las personas que «son así» era el joven que le había contestado á doña Refugio.

Este joven se llamaba Castaños.

Castaños no era ni rico ni joven, pero parecía las dos cosas.

Castaños se vestía bien y conocía y trataba á toda la aristocracia de México; era inofensivo, servicial y frívolo; les decía *hija*

á todas sus amigas. Castaños estaba en todas las fiestas, así en el Casino Español como en los títeres; y así comía en el Tívoli como en una fonda de la Alcaicería.

Castaños iba al teatro siempre á palco, al paseo siempre en coche; comía en Iturbide, y sabía jugar al tresillo con los viejos, y á juegos de prendas con las muchachas.

Era profundamente inteligente en crónica escandalosa, y era de los que mantienen una conversación no sólo de horas, sinó de varios días hablando de los asuntos de los demás; era el primero en llevar la noticia de un casamiento ó de un enfermo, de una quiebra ó de un pleito.

Castaños siempre tenía noticias. Con Castaños hablaba complacido el banquero y honrado el pollo; todas las señoras lo trataban con confianza, todas le decían Castaños, ninguna señor Castaños.

Castaños «era así.»

En un círculo de tontos, Castaños se lucía, aunque era mas afecto á hablar con las señoras, con quienes siempre tenía algo pendiente.

Hablaba de todo, tenía muy buena memoria, y se sabía reir con una ingenuidad envidiable.

Castaños nunca estaba de mal humor. Si hablaba con niñas les contaba cuentos, y las niñas se morían por Castaños; si hablaba con señoras grandes, les daba las señas del padre, de la epístola y del evangelio en la función de iglesia de tal día; á cada una le llevaba noticia ó de su confesor, ó de algunos de sus mejores amigos; tomaba una parte activa en los negocios de los demás; y no se olvidaba de preguntar á uno, á quien no había visto en un año, cómo le fué la noche de San Agustin aquella en que bailaron en la casa de N.

En una palabra, Castaños era lo que se llama un hombre sociable y comunicativo; era nimio y escrupuloso en el cumplimiento de las etiquetas sociales: nunca se quedaba sin dar los días, pésames ó felicitaciones; cargaba un calendario de santos en la bolsa.

La concurrencia aquélla era hasta cierto punto disímbola, porque no todos se cono-

cían mutuamente; pero Castaños los conocía á todos y todos conocían á Castaños.

No había tenido nunca un disgusto, y estaba tan bien conservado, que disimulaba su edad perfectamente; bien es que en esta longevidad tenía no poca parte la agua eléctrica con que se teñía un par de patillas que tenía Castaños que le daban toda su acentuación.

Era bajo de cuerpo, tenía las manos muy suaves, las uñas muy largas y la camisa muy limpia.

A Castaños le habían encargado las señoras, una su cajita, la otra su bolsa de camino, aquella su llave, y la otra un secreto; por lo que Castaños tenía que hacer con todas.

—¿Quién ha de creer, decía una señora con aspecto de tía, quién ha de creer que voy tranquila porque va Castaños?

—Y yo también, contestó en voz alta doña Refugio.

—Mil gracias, Pachita; mil gracias, Cuca, dijo Castaños sin vacilar.

—Efectivamente, volvió á decir doña Refugio, Castaños es un hombre útil; apuesto á que sabe tirar la pistola.

—¡Vaya! contestó un señor, Castaños es de los que tiran mejor en México.

—No, no tanto, dijo Castaños, procurando alargar con su modestia el capítulo de los elogios.

—¡Cómo no! insistió su panejirista. Castaños parte balas en un cuchillo.

—Pero rara vez.

—No; de diez tiros, ocho.

—¡Es posible! dijo doña Refugio. ¿Y cómo se hace eso? á mí me ha parecido eso siempre una exajeración.

—Pues no hay nada mas cierto, dijo el señor; se pone un cuchillo de filo, y Castaños, á quince pasos, le dá en el filo, partiendo la bala en dos exactamente.

—¡Eso es admirable! exclamó doña Refugio, hablando de manera que no se la perdía una sílaba á pesar del ruido que había en toda la casa; pues con un tirador de esta especie estamos suficientemente ga-

rantizadas las señoras; porque en el caso, que no será remoto, de que nos salgan los ladrones no quedará uno parado ante Castaños.

—¡Ah que bueno! dijo una polla, que hasta entonces preocupada con el temor de los ladrones, se figuró verlos caer uno por uno como barajas, si Castaños les tiraba.

Esto acabó de corroborar, entre la concurrencia, la idea de que Castaños era el hombre indispensable.

Así era Castaños.

En este momento se presentó el padre González.

Todos los circunstantes hicieron un movimiento.

El presbítero se dirigió en derechura á saludar á doña Refugio.

—Creo, dijo ésta, que sólo á usted esperábamos.

—Estoy muy mortificado, dijo el padre, pero los negocios de la Iglesia me han demorado; yo suplico á ustedes muy encarecidamente que me disimulen.

Salvador hablaba en un grupo de jóvenes elegantes, entre los cuales Castaños tuvo no pocas veces que hacer rectificaciones, porque cualquiera que fuese el asunto que se versara en los grupos, era indispensable oír esta muletilla.

—Que lo diga Castaños.

—¿No es verdad, Castaños, que los abrigos de la Sorpresa son á treinta y cinco pesos? dijo una polla.

—Exactamente, Carolina, contestó Castaños. Las muchachas Cevallos compraron dos ayer; por señas que no queda más que uno, pero como es verde nadie lo quiere; á menos que venga alguna paya y cargue con él.

—¿Pues qué no le gusta á usted el verde, Castaños?

—Sólo cierto verde, y eso desde que le ví á usted su vestido.

—¿Cuál?

—El que está adornado con flecos.

—¡Ah, sí! ¿Le gusta á usted?

—En usted sí, porque es usted muy blan-

ca y algo rubia; pero no me dé usted prieta vestida de verde.

—¡Ah qué horror! dijo Carolina.

Efectivamente, las gentes de color oscuro están detestables con lo verde, gritó doña Refugio.

—¿No les parece á ustedes que se va haciendo tarde? dijo de repente Castaños.

—Que vaya Castaños á traer noticias, dijo uno.

—Eso iba á proponer. Ya vuelvo.

Y Castaños salió de la sala.

—Todas las cosas de la capilla, dijo Chona al padre, están en el segundo carro, padre González; tenga usted la bondad de entenderse con Castaños para que se las entregue.

—Está muy bien, señora.

—Cuando ustedes gusten, dijo Castaños en la puerta de la sala.

Todos se levantaron, y los caballeros, dando el brazo á las señoras, fueron saliendo del salón.

En estos momentos creció la animación

entre la servidumbre, y la colocación en los coches fué asunto que ofreció grandes dificultades.

Algunos opinaron que las señoras deberían ir aparte en ciertos carruajes; otros que debían ir uno ó dos hombres en unión de las señoras por lo que pudiera ofrecerse; y finalmente se dispuso que doña Refugio ordenara la colocación de las personas en los carruajes; y la señora, con el aplomo y seguridad que la caracterizaba, dispuso las cosas de la manera que le pareció conveniente, dejando para sí, para Chona, Salvador y Carlos el coche mas cómodo.

—Yo voy donde vaya Castaños, decía una señora, porque es muy divertido.

—Ya se ve, le contestaba otra, junto á Castaños no puede haber tristeza.

De todas las personas presentes había una que rebosaba mas satisfacción y contento: ésta era el lacayo; mientras que la mas atribulada de todas era el viejo Santos, quien parado en el quicio del zaguan contemplaba toda aquella animación con mirada sombría y concentrada.

—Quiera Dios, decía en su interior, que no sobrevenga una desgracia!.... yo tengo mis ideas.

Al cabo de media hora todas las personas estuvieron colocadas en sus carruajes no sin que todo aquello hubiese ya llamado la atención de los transeuntes, al grado de formar grandes grupos frente á los coches.

Por fin, partieron haciendo un gran ruido aquellos cinco carruajes, todos tirados por cuatro ó seis animales cada uno y con el respectivo acompañamiento de jinetes armados.

Al desaparecer de la calle el último carro, todavía Santos estaba inmóvil en la puerta, acompañado por su entenada que seguía haciendo el duelo.

Ambos fijaban la vista en una cosa negra que estaba tirada en medio de la calle.

Era el gato negro muerto la víspera por el lacayo, quien habiendo recibido la propina ofrecida y no contento con haber presentado el gato bien muerto, lo había tirado en la calle de manera que todos los carruajes lo aplastaran á su paso.



EL LACAYO Y EL GATO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTREPOS 1914

Efectivamente, quedaba un resto informe del gato de Santos, que era como un borrón.

—¡Qué crueldad! murmuraba Santos, quiera Dios que no les vaya mal á los amos, porque esta acción, por más que se trate de un animal, es muy cruel.

—Y lo que es peor, decía la entenada, esto no es tan sencillo como parece.

—Ya se vá que no.

—Lo digo porque según me ha dicho una señora, eso del gato negro es cierto: hay personas que creen que cuando se aparece un gato negro, le sucede á uno una desgracia.

—Yo también lo he oído decir y lo que es ahora, según la señora Andrea, esa fué la causa del encarnizamiento contra el pobre animal.

—Por eso digo que la cosa no es tan sencilla, pues según me han dicho, cuando se mata el gato, es cuando sucede la desgracia.

—¿Eso dicen?

—Sí, porque no es todo que se aparezca,

sino que despues de aparecido se piense en la desgracia y se mande matar el gato por librarse de ella.

—Y yo creo que debe ser así porque desde anoche estoy pensando que algo les va á suceder á los amos en esta expedición.

—Eso es seguro, ya sabe usted que Dios no se queda con nada; *no de envalde* he derramado tantas lágrimas; pero estoy segura de que el pícaro del lacayo es el primero que va á pagar.

—En fin, dijo Santos retirándose de la puerta, que se haga en todo la voluntad de Dios, aunque no por eso he de cejar de rogar á su Divina Magestad que libre á los amos de una desgracia.

Y diciendo esto cerró el zaguán y se metió á su cuarto, en donde reinaba ya, como en toda la casa, el más pavoroso silencio.



CAPÍTULO II.

LA PRIMERA JORNADA.

CAMINABAN los carruajes velozmente con el primer arranque de los vigorosos animales que los tiraban, y los viajeros veían sucederse unos á otros los mil rótulos de las calles del Coliseo, Vergara y San Andrés, con una rapidez extraordinaria.

—¡Adios, México! decía Castaños que era hombre á quien Dios no había llamado á los caminos, pues sólo en expediciones del género de aquella se le veía.

El primer cuento que contó aplicándo-